

de ellas. Tanteó con sus manos, se dio vuelta a su hijo y dijo: «Este señor ha sido mi amigo.» Asentí con la cabeza y dije: «Así es, fui su amigo y soy su amigo.» Pero ni las palabras del padre ni las mías impresionaron al hijo; no les prestó atención. Al poco rato el señor Tzorev dijo a su hijo: «Ve y ayúdale a encontrar su casa.»

El joven permaneció inmóvil un rato. Se notaba que le costaba dejar solo al padre. Por último abrió los ojos y me contempló. Sus dos hermosos ojos brillaron y me vi a mí mismo junto a mi casa.

SHMUEL IOSEF AGNON

Traducido del hebreo por Bar Kojba Málaj

LA MUCHACHA CIEGA

Jana, la prometida ciega, escuchaba a su madre enumerar las cualidades del novio: era viudo; trabajaba en la industria del tabaco; no tenía niños de su primer matrimonio. Atenta a la furiosa aversión de su hija hacia las mentiras, la madre añadió: «Quiero decir: su casa es tan grande que los dos pequeñitos casi no se notarán. Son tranquilos como un par de palomos. En cuanto a la casa, es realmente una mansión, y tiene un patio enorme. Cuando llegues ahí por primera vez, no te aventures sola demasiado lejos de ella. Recuerda que él es un mercader de tabaco y vive entre gentiles, al borde del pueblo. Así que mejor mantente dentro de casa».

La muchacha ciega escuchaba silenciosa, muy abiertos los ojos sin vista; pero una rabia enorme se agitaba en ella. Golpeó dos veces la mesa, y preguntó conteniendo su enojo: «¿Es muy viejo?».

«Juro que sólo tiene treinta años», repuso la madre apresurada, «y así lo afirma el casamentero: de cualquier modo, ¿qué importa un año más o menos?».

La ciega, resentida y escéptica, se mantuvo inmóvil pegando ocasionalmente en la mesa. La madre no dijo más, pero un casi inaudible susurro escapó de su boca penosa y delgada, y tiernamente quitó las manos temblorosas de su hija de la mesa.

La noche de bodas, la ciega esperó a que su marido durmiera y luego, cautelosamente, pasó las yemas de los dedos sobre su barba. Se dio cuenta entonces de que había sido engañada. El viejo no contemplaría nunca más la treintena. Su corazón latió de amargura. Por un largo tiempo permaneció despierta, escuchando la tos de su marido y especulando acerca de su profesión. ¿Era un aguador? ¿Un ropavejero? ¿Carpintero? Un mercader de tabaco no tosía así. Furiosa, Jana se agitaba de un lado a otro.

Repentinamente bajó de su cama y se arrastró por el bien conocido suelo de su cuarto, hasta que sus manos encontraron las toscas botas del marido. Las sintió rudas y rugosas y las dejó a un lado. Mucho dijo el calzado a la ciega, y permaneció largas noches insomnes dibujando una imagen mental de su esposo: lo imaginaba alto, delgado, caminando con un renqueo y llevando una gorra vieja y un kaftan largo y parcheado.

En la mañana estaba atenta a los sonidos de su marido al caminar. Cuando él dejaba la casa, ella lo seguía sin ruido y lo escuchaba golpeando rítmicamente el suelo con su tosco cayado. Sabía la ciega que sólo los viejos caminan así deliberadamente. Quién era su esposo, y qué hacía, aún la intrigaba. Pero estaba cierta de haber sido engañada: su marido no trabajaba el tabaco.

Meses más tarde, después de Succot, llegaron las lluvias. Jana fue advertida que, dada la preñez, pronto le sería difícil viajar, y accedió a irse inmediatamente al hogar del esposo.

El carro entró de noche al pueblo, pasó las casas de los judíos dormidos y lentamente chapoteó sobre el lodo del mercado. Ni siquiera un perro ladró rompiendo la quietud; sólo el paso rítmico del velador se escuchaba. La ciega calculó que éste era el zócalo del pueblo, donde se encontraban los comercios. Luego el carro aumentó la velocidad en un camino recto. Escuchando ladrar los perros a ambos lados, Jana asumió que pasaban por el barrio de los gentiles, y recordó que la casa de su marido se encontraba al borde del pueblo. Pero se preguntaba..., ¿por qué durará tanto el viaje?

Los vientos soplaron más fuerte. Los caballos se afanaron en la cuesta empinada, pasando el pueblo, y finalmente se detuvieron. El conductor bajó y dijo a Jana que esperara. Permaneció sentada, y oyó el ruido de sus pisadas alejándose. Luego, cansada, sus párpados se cerraron...

Se despertó sorprendida. Los caballos no se habían movido. El viento aullaba por todos lados. ¿Dónde se encontraba detenido el carro —se preguntaba— en un campo? A la distancia oyó al conductor golpear en una ventana. Volvió ella la cabeza y escuchó los sonidos en la noche. Parecía estar tocando en la ventana de un gentil; en la de un judío, uno toca de un modo enteramente diferente. Su marido, pues, vivía como un gentil... ¿Qué clase de hombre era realmente? Escuchó al conductor llamando: «¡Reb Isroel! ¡Reb Isroel!».

Finalmente llegó el esposo. Ayudó a su mujer a bajar del carro, le tomó la mano y la condujo a la casa. Atravesando el patio, la ciega calculó que era bastante amplio, como en las casas ricas. Una puerta se abrió y una bocanada de aire cálido la envolvió. Se dio

cuenta de que la estufa se encontraba en la estancia —otra costumbre de los gentiles—. Luego oyó el llanto de un niño.

«Es el pequeño», dijo el hombre, y fue a preparar té.

La ciega exploró la habitación; encontró dos camas: una estaba fría y deshecha, en la otra yacía un niño que empezó a llorar. El padre se aproximó, lo calmó y condujo a Jana a la mesa.

Al volver la calma, la muchacha oyó ruidos de árboles moviéndose en el viento de otoño y se preguntó si la casa tendría jardín. Cerró los ojos y arrugó el ceño, gesto característico suyo cuando no podía imaginarse algo.

Mientras tanto el hombre había traído la tetera y un cuchillo para cortar el pan de azúcar. Al hacerlo, un trozo pequeño cayó al suelo, Reb Isroel se agachó a recogerlo, quejándose como un viejo. En ese momento la ciega deslizó la mano por la mesa hasta encontrar el cuchillo. Lo examinó con los dedos para comprobar si, como los cuchillos que hay en los hogares judíos, tenía una gruesa cachá de hueso.

Reb Isroel sirvió algo de té en un plato y preguntó a su mujer: «¿Te ayudo?».

Jana se sonrojó y replicó: «Puedo beber sola».

Latiéndole el corazón y temblándole el plato en la mano, la ciega dio un trago. Sabía que su marido la vigilaba. Un momento después, su mano aún temblorosa hizo que derramara un poco de líquido y se quemara. Entonces Jana aceptó que su marido la ayudara.

Estaba Isroel empezando a hacer la cama y alguien llamó golpeando fuertemente la ventana: «¡Reb Isroel! ¡Reb Isroel!».

Jana, que empezaba a desnudarse, empalideció y quedó inmóvil. No podía entender cómo su marido abría la puerta tan serenamente. Seguramente este llamar nocturno era mensajero de alguna desgracia. Trató de escuchar más la conversación entre el recién llegado y su marido, era inaudible. Finalmente escuchó gruñir al esposo y cerrarse la puerta.

«¿Qué pasó?», preguntó la ciega temblando en su escasa ropa de dormir.

Reb Isroel le dijo que su tía había enfermado súbitamente. Jana permaneció callada. Su cara expresaba profundo asombro, reacción común en ella. Se fue a la cama e inmediatamente se cubrió con las sábanas tibias. Pero no pudieron quitarle los escalofríos que le corrían por el cuerpo.

Iósele, el niño mayor, golpeó en la ventana con sus manitas. La muchacha dejó su trabajo y acudió a él. Su mano se posó en el hombro del niño —apenas de cuatro años—, pero éste no podía decirle qué había causado su agitación, pues aún no hablaba claramente.

Abí, en pie, Jana temía que el niño súbitamente hubiera enfermado y golpeará la ventana de dolor. Pasó su mano por su cara y mejillas y se dio cuenta de que estaba sano. Rápidamente intuyó cuales eran las razones de por qué Iósele no hablaba bien. No había casas cerca, ni alguien con quien hablar. Aún su taciturno padre hablaba sólo a los gentiles, y las pocas palabras que decía sonaban a gruñidos.

¿Qué —se preguntaba— había llevado al niño hacia la ventana? ¿Vio algo afuera? Jana se acercó y puso el oído en contacto con el cristal. Sólo pudo apreciar un silencio tan hondo que era posible oír el rumor de las alas y los graznidos de un cuervo que pasaba. Corrieron los minutos y Jana no se movió; le parecía que algo había cambiado afuera. Todo estaba en silencio; era como las pacíficas y calmadas tardes de los viernes, después

de que la casa materna había sido limpiada para el sábado, a la larga pareció entender lo que el niño trataba de decir: la primera nieve de la temporada estaba cayendo.

Jana quería interrogar a su marido, pero éste estaba fuera. Aunque Isroel generalmente se quedaba en casa, en ocasiones salía por largas horas. Al regresar, se lavaba cuidadosamente las manos. Jana nunca le preguntó donde había ido. Rara vez hablaba al hombre, o a nadie en realidad, pues Isroel hacía las compras él mismo. En todo caso, ¿de qué se podría hablar?

Camino a sazonar el guisado, Jana escuchó un ruido en el exterior. Se quedó inmóvil, oyendo el sonido de pasos que se acercaban, preguntándose si serían de su marido. Mas los ruidos eran de muchos pies arrastrándose, los sonidos de mucha gente. ¿Por qué se acercaba tal multitud? ¿Regresaban esos gentiles al pueblo? No, los gentiles tenían unas pisadas reconocibles, pesadas, un paso propio característico... La ciega siguió escuchando. Podría jurar que los intrusos eran judíos y recordó que en anteriores ocasiones había oído reunirse grupos de personas fuera de la casa. ¿Qué significaba esto? Jana alzó al niño hasta la ventana y preguntó: «Íósele, dime, ¿quién camina afuera?».

El niño se alegró y golpeó en el marco, mas no dijo nada. Jana comprendió que, si pudiera entenderlas, las reacciones de Íósele serían un guía para conocer los acontecimientos del exterior. Por muchos días había añorado escuchar una pisada humana. Ansiaba salir al aire fresco, pero caminar era molesto: había llegado casi al término de la preñez y no salía de casa.

Jana quedó inmóvil junto a la ventana, desesperando por una voz humana. Oyó abrirse la puerta y entrar a su esposo. Sin dirigir una palabra a su mujer él sacó un puñado de monedas de cobre, las desparramó sobre la mesa y empezó a contarlas una a una, respirando pesadamente, como siempre.

Por su sonido, la muchacha supo que contaba centavos. Jana esperó a que el hombre terminara y entonces inquirió: «¡Isroel! ¿Conoces a esa gente de afuera?».

«¡Qué te importa!» gruñó él.

La ciega insistió: «Había un gran tumulto. ¿Era un incendio?».

«Nada que te incumba», contestó enojado el marido. «Quédate en casa y presta atención a tus propias cosas».

Jana inclinó la cabeza, gesto característico en ella de la ira reprimida. Nada dijo, pero hervía por dentro. Aun así, al escuchar a su marido acercarse a la puerta, preguntó: «¿A qué hora almuerzas?».

«Tengo cosas más importantes en que ocuparme en vez de almorzar», gritó Isroel desde el quicio de la puerta y dio un portazo al salir.

Jana tanteó su camino hasta el rincón y, tras breve búsqueda, encontró el cayado de su esposo. Evidentemente no iba muy lejos; solamente a visitar un vecino judío. Con la cabeza gacha y el ceño fruncido, Jana pasó la mano sobre el tosco cayado y se preguntó qué uso haría Isroel de él.

Durante los primeros fríos invernales Jana dio a luz una niña. Cada noche la comadrona quitaba a la nena del lado de Jana y se la llevaba a otra parte. Tras unos días, la ciega comprendió la razón: la mujer temía que Jana ahogara al bebé mientras dormía. Jana se rió en silencio. ¿No sabía ella todo lo que ocurría en la casa?

Cuando la niña tenía tres días de nacida, la comadrona dio a Jana un tazón de caldo

caliente. Antes de comer, Jana levantó a la niña, retirándola. Un halo de felicidad la rodeaba. La comadrona notó esto y se dio cuenta de que Jana no estaba totalmente ciega, pues podía levemente distinguir la luz del día.

Tras su confinamiento, el rostro de Jana brillaba con una luz nueva. Feliz, se volvió más silenciosa que antes, excepto cuando entonaba cánticos a la nena. Cuando se aposentaba junto a la cuna, sus dos hijastros acudían a su lado; ella los abrazaba y durante una hora cantaba para ellos, hasta la vuelta de su esposo. Al ruido de sus gruñidos, Jana fruncía el ceño, pues no podía discernir desde lejos si estaba o no enojado.

Justo antes de Purím, el frío se volvió severísimo. Una mañana, Jana salió a recoger leña: una fuerte ráfaga de viento abrió la puerta exterior y sopló helada sobre la joven al levantar ella los trozos de madera con manos friolentas. En el momento en que el viento la envolvió la ciega comprendió por qué soplaban tan recio. La casa se levantaba a campo abierto, sin que nada cortara el aire. Con la leña en los brazos, Jana caminó hacia la puerta y prestó oído al sonar del viento sobre los campos. Escuchó entonces el suave rumor de los copos nevados golpeando contra su cara, y el zumbido del viento levantando la escarcha. Después de cada ráfaga, la mujer se agachaba, oyendo. Sentía que algo frente a la casa detenía el viento: Jana no podía decir exactamente qué era, pero tan pronto mejorara el tiempo se proponía explorar los alrededores de la casa.

Llegó el deshielo. Todo el día Jana escuchaba el agua escurriendo del techo. Un día Reb Isroel, gruñendo como siempre, dijo a su mujer: «Hay una epidemia de difteria en el pueblo». A la hora del almuerzo, días después, añadió: «Cada día mueren niños».

El trozo de pan se atragantó en la garganta de Jana. Aterrada, se preguntaba por qué le darían tan sombrías noticias.

Después de ello, la ciega prestó cada vez menos atención a sus ocupaciones. Se pasaba el día junto a la cuna, tocando constantemente la cara de la nena y vigilando su aliento. Estaba segura de poder detectar fácilmente la menor enfermedad.

Al volver su marido cada día del pueblo, le preguntaba sobre la epidemia que estaba diezmando a los niños. Reb Isroel gruñía y daba una contestación: «Los niños caen como moscas».

La fría respuesta hacía estremecer a Jana, calándole hasta los huesos. ¿Por qué suspiraba así el hombre?

Llegó la época de los calores. Grandes charcos se formaban afuera. Por las lentas pisadas de Isroel, la ciega adivinó que sus botas penetraban hondamente en el lodo. Cada mañana los pájaros cantaban ante la ventana y, al verlos, el niño mayor empezaba a saltar y a dar gritos. Mas Jana parecía sombría al lado de la cuna de su niña. No le había confiado a su esposo el raro presentimiento de su corazón. Pero un día, después de que él entró en la casa, limpiándose el lodo de las botas, las palabras largo tiempo contenidas brotaron de sus labios: «Mira a la nena, Isroel. ¡Creo que su respiración se dificulta!».

Apenas dijo esto, un hondo miedo atravesó su corazón. Angustiada, su cabeza gacha y los dedos firmemente entrelazados, supo que su hija estaba enferma.

Isroel no contestó, dejó su cayado en el rincón y empezó a lavarse las manos concienzudamente. Jana se sintió aliviada al ver que la enfermedad de la niña no alarmaba al marido.

La nena estuvo enferma durante varios días. Reb Isroel, sin embargo, siguió su habitual rutina. Se ocupaba de cosas triviales y pasaba mucho tiempo cortando los panes de azúcar en trocitos. La ciega, sumida en su angustia, ni cocinaba ni comía. Sentía un creciente rencor hacia su marido. ¿Por qué esta calma indiferente? ¿Por qué eran sus pasos pesados y calmos?

Finalmente no pudo aguantarse. «¡Asesino!» le gritó a Isroel, «Tienes ojos ¿no?, ¡Dime que le pasa a nuestra hija!».

Con un gruñido el hombre evadió a su mujer. Ella escuchó con ansia. ¿Se acercaría él a la cuna a ver a la nena? No. Isroel se había retirado, tomando el cayado del rincón y saliendo de la casa.

Esa noche los ronquidos de Isroel y el gotear del agua invadieron de ruidos la casa, mientras Jana permanecía incontables horas junto a la cuna escuchando la difícil respiración de su hija. Sabía que ésta iba a morir, y no tenía fuerzas para llorar. En una silenciosa oración, sus labios se movían constantemente: «Dejad que se acerque el enterrador! ¡No le daré a mi hija! ¡Que lo intente!». Sentada junto a la cuna, rezando con la cabeza inclinada, imaginaba que muchos años habían pasado ya y que ahí continuaría sentada para siempre.

Afuera, el agua seguía cayendo, pero el ronquido del hombre había cesado. Vacía la mente de todo pensamiento, su corazón duro y frío, la ciega inclinó aún más la cabeza y se sumió en el sueño.

Despertó inclinándose sobre la cuna. Silencio. No podía percibir la respiración de la niña. Escuchó un momento y luego se levantó y empezó a gritar.

Toda la noche lloró y gritó, sentada sola, sin darse cuenta de que su marido había salido. Hacia el alba, exhausta, Jana dejó de llorar pero no se separó de la cuna. Su pelo estaba en desorden, su cabeza se movía sin cesar y de cuando en cuando murmuraba: «¡Que se atreva a venir el cavador de tumbas! ¡Que se atreva!».

Se aproximó a la cuna a tocar a la niña muerta una vez más, pero estaba vacía. Un terrible aullido salió de la garganta de la ciega: «¡Isroel! ¿Dónde está la niña?».

No hubo respuesta. Temblándole el cuerpo, Jana tropezó hasta la puerta, gritando: «Isroel! ¿Dónde está mi niña?».

En el quicio se detuvo y esperó en silencio. Una gota de agua cayó del techo a su cara, animándola. La ciega escuchó los ruidos que venían del campo.

Siguió Jana el rumor, primero caminando, luego, corriendo. Cayendo y levantando fue disminuyendo su paso, tropezando a veces con piedras sueltas, hasta encontrar una gran roca... Sin pensar, extendió los brazos y paseó sus sensibles dedos sobre la piedra... Sacudida por su descubrimiento, la ciega dio paso a un llanto descorazonador, cuyos ecos rebotaron por todo el cementerio.

IAACOV SHTEINBERG